La intervención y el despotismo

En nueva carta, este joven compatriota me explicó que cuando publicó su artículo no fué «para alzar un grito contra nuestros odios políticos, sino para elevar una protesta de jóvenes espíritus venezolanos... sobre todo cuando sabíamos de ciertas gestiones antipatrióticas en el exterior referentes a la idea... de una intervención en Venezuela». Y agrega: «...envié a usted ese artículo, al defensor de la libertad de pueblos intervenidos en América, y no para que lo juzgase el político enardecido». Esta segunda carta es extensa de dos páginas, y más que la anterior y que el artículo de protesta, es notable por la persistencia de su silencio cuanto al despotismo.

No somos políticos venezolanos. No podríamos serlo aunque quisiéramos, sencillamente porque en Venezuela no hay política, siendo como es un país despotizado. No hay política ni políticos bajo el despotismo. No hay sino amos y parias. No es político quien, como nosotros, ha vivido siempre en la cárcel y en el destierro, porque ha conspirado donde quiera que ha respirado contra el despotismo.

No hay odios políticos en Venezuela, porque no hay partidos políticos, ni siquiera facciones, ni nada. Todo ha sido destruido por el despotismo. No hay sino un pueblo esclavo y triste, que naturalmente odia a sus opresores. El único odio en Venezuela es el odio al despotismo. Por desgracia es un odio impotente. Pero no hay odios políticos, porque no hay política, ni políticos, sino esclavitud y esclavos, bajo el reinado del terror.

Si hay venezolanos en el extranjero que desean la intervención y trabajan por ella, esto no es sino un síntoma y una revelación de los efectos del despotismo. Y es al propio tiempo la prueba de que el despotismo es el peligro. El intervencionismo es un producto del despotismo, un signo inequívoco de muerte nacional, ocasionada por largos, sucesivos, incurables e implacables despotismos.

Si hay en el extranjero venezolanos que piensan en la intervención, es simplemente lógico suponer que los hay también en el interior del país, aunque mudos e inertes por el terror. Cuando un pueblo pone en la intervención extranjera su sola esperanza de redención, es porque ha llegado al extremo de la desesperación y la impotencia bajo el despotismo. Es un pueblo moribundo.

¿Está Venezuela en este caso? Esta es la cuestión que debe preocupar a los espíritus que aman a la patria con amor inteligente y son capaces de ver y comprender las cosas. Pero es vano y estúpido protestar en tales circunstancias contra la intervención y el intervencionismo o los intervencionistas, es decir, contra el efecto, cuando no es denuncia, y se deja impune y tranquilo en su monstruosidad, protegido y robustecido por la propia protesta contra la intervención, al despotismo, es decir, la causa.

Un joven compatriota venezolano, a quien no conozco, me escribió de la Habana en enero último:

«Conociendo como conozco sus ideas... contra todo propósito de intervención extranjera en Venezuela, tengo especial placer en remitirle el recorte de un artículo mío publicado aquí... En esas líneas verá usted la protesta de varios venezolanos jóvenes que deseamos el bienestar de Venezuela, pero siempre lejos de todo protectorado...»

Le contesté:

«... No puedo dejar de expresar la impresión de sorpresa con que he visto en el recorte y en su carta, que usted no tiene nada que decir contra el despotismo y tiene mucho que decir contra la intervención extranjera, la cual, a ser del todo posible en Venezuela, no sería sino como resultado del largo despotismo que arruina y deshonra a la nación. El origen de su artículo, «Los Intervencionistas Venezolanos», parece ser un cablegrama de los agentes del despotismo en Curazao propalando la calumnia de que algunos venezolanos habían salido de Caracas para Wáshington a denunciar el Gobierno de Venezuela. No me explico cómo puede usted dar crédito a las imposturas del despotismo en Venezuela. A usted que es joven y dice hablar en nombre de un grupo de jóvenes venezolanos, yo digo que no es contra la mentira de la intervención sino contra la infamia y el crimen del despotismo que deben ustedes protestar; y que, en todo caso, el deber de ustedes, como hombres inteligentes y sinceros, es reconocer y declarar que la intervención extranjera en América es y ha sido siempre la consecuencia de una situación creada por el despotismo; y que, si alguna vez el extranjero interviene en Venezuela, no será porque unos cuantos venezolanos, políticos o no, pidan la intervención, sino porque la provoca el despotismo. No olviden ustedes que el enemigo y el peligro es el despotismo, y que el deber de ustedes, como el de todo hombre de honor y de corazón, es odiar al despotismo y combatirlo».

Nosotros no creemos en los patriotas que odian la intervención y no odian o no saben odiar al despotismo, de que es y ha sido siempre consecuencia la intervención. Nosotros despreciamos profundamente a la juventud que no odia o no sabe odiar al despotismo. Sentimos infinita piedad por un joven que nos dice, como nuestro compatriota de la Habana, *no soy precisamente antigomista*, mientras declama su aversión a la intervención. Y en esta declaración, en la que vemos la psicología y el estado mental que el novelista pintó magistralmente en el marido de Madame Bovary cuando dice al amante de su mujer: *no lo odio a usted*, creemos encontrar en gran parte la explicación del despotismo en Venezuela.

La primera pasión y el primer deber del patriotismo, es y debe ser el odio y la guerra mortal al despotismo. Son dignos de su yugo y su cadena los pueblos que no odian y no persiguen a muerte el despotismo. No hay patria bajo la tiranía; y cuando no se odia al tirano y no se lucha por su exterminio, es porque no se ama a la patria ni se es joven, ni se es hombre, ni se es nada. Para nosotros, Sarmiento merece la estatua que le levantaron en Palermo, simplemente por su odio y su guerra contra Rosas.

Hay en Veracruz, en México, todos los años, una ceremonia de glorificación de los *héroes* que murieron combatiendo contra las fuerzas de la intervención americana en 1914. Yo no he creído nunca en estos héroes, desde entonces llamados «los héroes de Veracruz» y pienso en ellos con honda tristeza. El sacrificio de sus vidas habría sido realmente heroico y útil si hubieran caído con sus armas dirigidas contra el pecho del tirano que había ocasionado aquel conflicto. Murieron, en cambio, puede decirse, defendiendo al despotismo. No hay muerte honrosa bajo la tiranía. La sola muerte digna del hombre bajo el despotismo, es la que se recibe en la lucha contra el déspota. El poeta cuya memoria yo más amo en América es Néstor Galindo, herido en la desastrosa batalla del cerro de la Cantería, a la vista de la ciudad de Potosí, y asesinado por Melgarejo con su propia mano entre los prisioneros en el campo mismo de la acción. La lira ha podido cantar a este paladín:

. . . . . .

¡Atrás vano pesar! la fama empieza
tu nombre a enaltecer de gente en gente.
Joven gallardo, liberal y bravo,
retaste a la insolente tiranía
que hollarte pudo muerto, nunca esclavo.

Ese fué un héroe, digno de vivir en el amor y la admiración de las almas viriles de todas las generaciones. La muerte de este poeta cubre con su gloria y su trágica belleza la vergüenza de los poetas cantores y explotadores del despotismo en América.

Se observará que nadie sobrepuja al déspota, y a los áulicos del despotismo en América, en el rigor y la intransigencia del sentimiento nacionalista. Nadie es más enemigo de la intervención que el déspota. Nadie es más decidido sostenedor de la soberanía y

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "